

LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 31.—SÁBADO 2 DE AGOSTO DE 1851.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

GACETILLA DE LA CAPITAL.

A las páginas tercera ó cuarta de los diarios mayúsculos y políticos, apoyando su izquierda en los decretos y actos oficiales del gobierno, y su derecha en las observaciones del termómetro atmosférico ó del bursátil; ostentando á su frente el nombre del Santo del día y las festividades religiosas que la iglesia celebra; dejando á vanguardia las lujosas discusiones del parlamento, los comentarios y paráfrasis de la situación política palpitante, los discursos del fondo de la redacción, los piropos mútuos por todos los tonos de la lira, las novedades políticas tan nuevas como un nuevo protocolo alemán, una nueva constitucion francesa, ó un nuevo pronunciamiento del fidelísimo reino de Portugal; y escoltado en fin, por los interminables catálogos-ómnibus de la empresa mercantil de Suavedra y de Riberolles, aparece diariamente bajo el epígrafe que arriba cuelga una estimulante y sustanciosa seccion, destinada á poner en conocimiento del piadoso lector todos aquellos episodios, incidentes, lances, perances, chascarrillos y alevosías de que fueron teatro harto plebeyo en veinte y cuatro horas anteriores las calles y enrocijadas de la noble y heroica capital.

Si será interesante al público paladar esta variada y espléndida menestra, salpimentada además por festiva pluma, y servida con cierta coquetería de adinículos, ribetes y farfalaus, á guisa de *extremets* en el opíparo banquete de la prensa política, no hay para qué estamparlo aquí. Baste decir que á beneficio de este periódico mecanismo, entran,

como hoy suele decirse, en el dominio público y en el terreno de la discusión instantánea y simpática, todos aquellos amables episodios, todas aquellas inocentes fechorías que tal vez no alcanzaron en el momento de su realizacion otros testigos que la victima muerta ó el asesino fugado; que el perro que rabió, ó que el párvulo perdido; que la muger apaleada ó que el marido envarado; que el caballo atropellado ó que el sereno dormido; que el robado indefenso ó que el *póstumo* salvaguardia de seguridad (S. P. Q. M.)

Y dicho se está el sabroso estímulo, la sal aperitiva, que para todo pio ó impío lector ha de llevar consigo aquella dramática crónica, ya se atiende á la *vis cómica* de su interés intrínseco, ya al ribete gustoso que suele prestarla el nombre-cillo propio, el conocimiento de la localidad, lo variado y fecundo de las peripecias, y hasta el estilo de remoquete en que con la mas sana intencion suele estar hecha la narracion del caso por el benévolo redactor gacetero.

Este, en nuestra actual organizacion social, en los adelantos de nuestra moderna cultura, ha venido para el caso á reemplazar ó sustituir en aquella parte de sus funciones al barbero ó al peluquero que nues-

tros padres gastaban para rasurarse la cara ó para empolvarse el tupé, instruyéndose al paso de boca de aquellos amables y populares Figaros, en todas las *ocurrencias* ocurridas en plazas y callejuelas el día anterior.—El *cuarto poder del estado*, ó sea la prensa periódica, á beneficio de la ilustracion y progreso de la época, ha venido á tomar á su cargo aquella augusta mision, poco decorosamente cometida en tiempos añejos á los dichos peluqueros y sacamuelas.

Además de la curiosidad satisficha, se interesan vivamente en la diaria publicacion por medio de la imprenta de estos *proverbios dramáticos* la moralidad pública, y la privada reputacion, como que sería un grave mal para el pais ignorar que en la casa tal fué sorprendido un juego;—que el zapatero cual apalea á su muger;—que la del tendero de la esquina se escapó con el sastrero del portal;—que á Fulano le mordió un perro;—que á Zutano le parió la gata;—que mañana se casa Fulanito con su novia;—ó que Zutano bailando la polka se torció un pié;—y si para cerciorarnos de esta verdad, y para convencernos de aquella conveniencia escogemos aquí algunos de estos lances ó episodios dramáticos tomados al acaso de nuestras publicaciones mas ó menos graves, formarán nuestros lectores una idea aproximada de la moraleja y suave leccion que destilan; léelos aquí:

—«Don F. de T. (aquí el nombre con todas sus letras) habitante de la calle de... y empleado en... por mas señas, sorprendió anoche de vuelta del teatro á un galan anónimo, cenando mano á mano con su muger. Esta, para ponerse á cubierto de las iras de su esposo, se salió al balcon con áni-

mo de arrojarle á la calle; pero no lo hizo por fortuna, si bien dió lugar con su estratégico movimiento á que el galan encerrase con llave al marido y se escapase luego con aquella. En medio del tumulto que estas ocurrencias ocasionaron en la casa, apareció el celador del barrio y los municipales, y no habiendo habido á la muger fugitiva ni al galan raptor, echaron mano del marido y le pusieron á disposicion de la autoridad.»

Vaya otro.—«Por el celador del distrito de... han sido recogidas Asuncion tal, y Asuncion cual, (alias Las Uniones) mugeres de mala vida, prostitutas, licenciosas y públicas rameritas que recibian á todas horas del día y de la noche á los aficionados, en la calle de... número... cuarto bajo, casa de doña Claudia la Corredora, que continua mereciendo la confianza del público sensato.»

—«El de la demarcacion de... sorprendió en la noche de ayer una tertulia licenciosa en que se ejercitaban los concurrentes en toda clase de supercherías, rifas, y juegos de azar. Hé aquí la lista de los sugetos comprendidos en aquella escandalosa reunion con sus nombres, apellidos, y delitos que han cometido.»

—«Fulana de tal, de estado honesto, que vivia amancebada con don F. de N. vecino de esta córte, ha sido presa y mandada de justicia en justicia á su pueblo con las notas convenientes para que ponga á cubierto su reputacion.»

—«Igualmente ha sido entregado á disposicion de la autoridad el maestro zapatero Crispin Correa, por haber amenazado con muy malos modos á su muger Dionisia Mandiles, de que resultó, entre otras cosas, romperla la cabeza á conse-

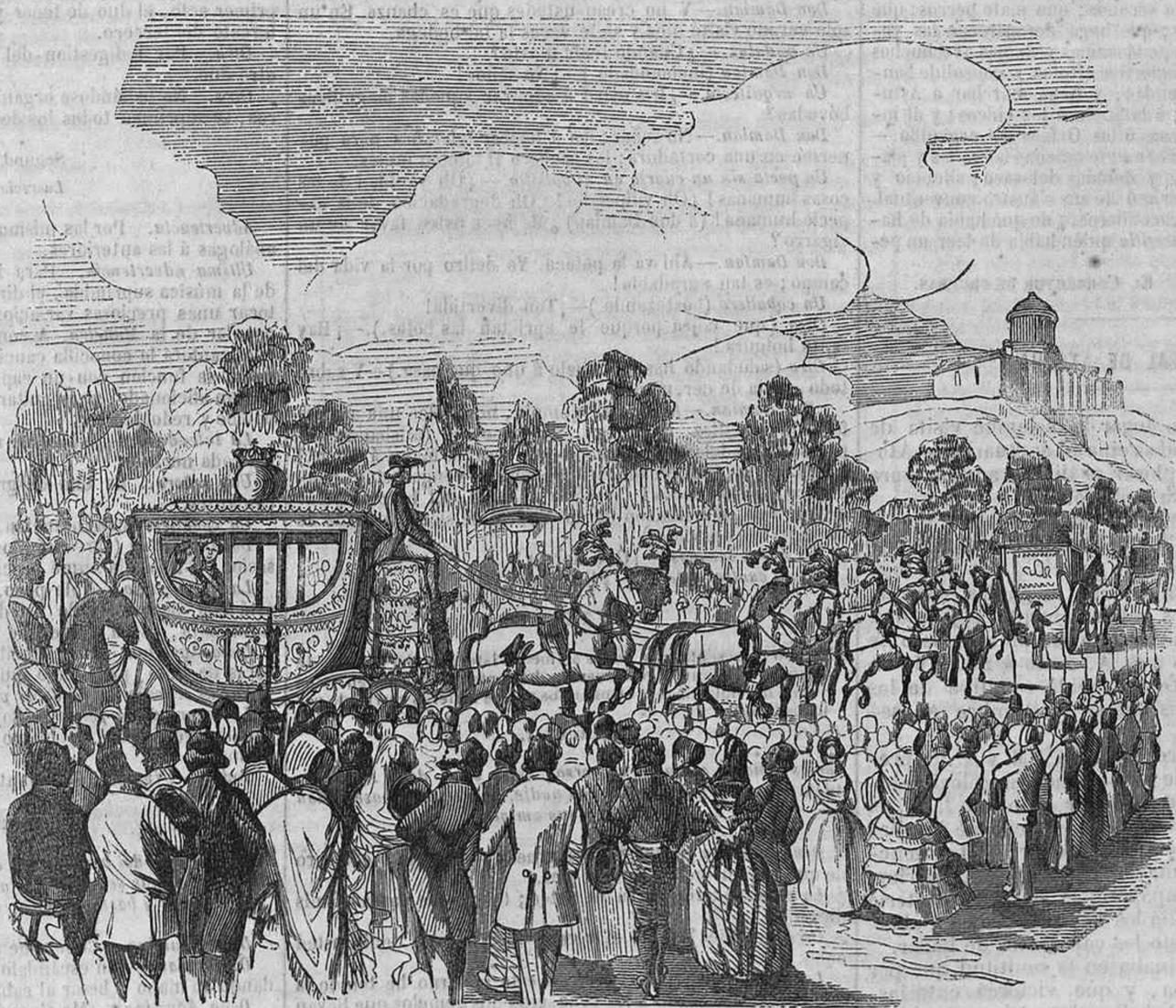
cuencia de lo cual falleció á las pocas horas en el hospital.»

—«Ayer á las cinco de la mañana se verificó en público en el paseo de las Delicias el lance de honor que tenian pendiente los señores tal y tal: siendo padrinos respectivos los señores... y no habiendo por fortuna resultado desgracia alguna, antes bien satisfechos ambos combatientes de su mútua destreza, concluyeron el encuentro en un magnífico almuerzo en la fonda de Prosper. etc.»

(Esto en cuanto á la moraleja de las *chispas*: en cuanto á la seguridad, á la curiosidad ó á la conveniencia pública, véanse las siguientes:)

—«En la tarde de ayer fué atropellado inhumanamente por un coche de plaza un perrito inocente de la casta habanera que se hallaba durmiendo tranquilamente en medio del arroyo. No cesaremos de clamar uno y otro día contra estas continuas catástrofes ocasionadas por el deplorable abandono en que las autoridades tienen el cumplimiento de sus deberes.»

—«Ayer jueves se promovió en la fuente de Cabestreros una disputa acalorada entre los criados de las casas inmediatas y los aguadores, sobre llenar los botijos de aquellos: estos los llenaron de improperios y los otros



Vista de la régia comitiva al pasar por el Prado para dirigirse al Santuario de Atocha.

apelaron á la defensa natural, quebrándolos en sus cabezas y reclamando despues daños y perjuicios.»

—«Por el celador de las afueras ha sido conducido á la cárcel de villa un hombre anónimo, por hallarle tendido en una loma durmiendo sin documento que le acredite.»

—«Avisado el del barrio de... por el habitante de la boar-dilla de la plaza núm. don F. de T. de haber sido robado completamente de alhajas y enseres, este dispuso inmediatamente proceder á la captura del ladrón, que hasta la hora presente no ha podido ser habido, ni hay el menor indicio de su paradero.»

—«Ayer tarde á las cinco y cuarenta y dos minutos se cayó del tejado del piso sétimo de la casa núm. calle de Cuchilleros, un gato negro rabon, quedando en el acto ca-dáver difunto.»

—«En la madrugada de hoy hemos sido testigos de un suce-so lamentable que ha dado ocasion á terribles desgracias. Hallándonos de madrugada tomando el fresco en nuestro bal-con, vimos cruzar sobre nuestras cabezas un extraño me-teoro, una vision luminosa á manera de culebrina, que ca-yendo rápidamente sobre el alnacén de maderas de la calle de... le incendió en el instante, sin que bastáran á contener sus estragos los esfuerzos de los vecinos, y de la multitud de gentes que se agolpó al momento en el sitio de la catás-trofe. Entre otros episodios lamentables que presenciámos, fué uno el de una criada que se estrelló en la calle arrojándose por el balcon, y el esfuerzo heróico del sereno del barrio que salvó á una jóven por el tejado.»

(Al día siguiente todos los demas periódicos copian al pie de la letra el párrafo en cuestion *En la madrugada de hoy hemos sido testigos* etc. todos lo presenciaron, todos estaban al balcon tomando el fresco, todos vieron la vision, el fuego y los episodios. Pues es el caso, que ni tal fuego ni tales episodios hubo, y que todo fué un rato de broma que se permitió el gacetillero inventor.)

Otras veces la *gacetilla*, prescindiendo de estas licencias poéticas, y no contenta tampoco con el modesto papel de cronista de hechos mas ó menos consumados, entona el canto por otro estilo; y con ciertas infulas de edil tribuno del pueblo, denuncia á las autoridades los abusos lastimosos que observa en la administracion de la villa, exhalando sus sentidas quejas y parodiando el *«quousque tandem»* porque la vecinita del cuarto 2.º anda en telégrafos eléctricos con el pollo del principal;—porque el sereno del barrio algo turbado por el mosto se sentó en un poyo á descabezar el sueño;—porque la carretela del título A no llevaba anoche encendido el farol;—porque la yegua del banquero B se encabrió ayer tarde orillas del canal;—porque la codorniz de la dueña, ó el loro del indiano no le dejaron dormir la siesta á la gacetilla;—porque los tenderos de enfrente se salen á la puerta á tomar el sol;—ó porque los mozos de la esquina se tienden á la sombra;—porque el organillo del italiano tocaba la tirolesa de Guillermo Tell, ó los harpistas franceses destrozaban cordialmente el *Bell alma innamorata*;—porque ladraban los perros, ó los chicos de la escuela jugaban al toro en la plazuela de santa Cruz.—Y tomando ocasion de todos estos abusos la celosa gacetilla se pronuncia enérgicamente contra las vecinas y los pollos; los serenos y las tabernas; los títulos y las carretelas; los banqueros y las yeguas; las codornices y los loros; los tenderos y los mozos de cordel; el sol y la sombra; el organillo y las harpas; los perros y los muchachos;—contra todo el mundo en fin;—y por consecuencia exhorta y reclama de la autoridad que prohiba señoritas, que suprima galanes, que anule serenos; que mate perros; que deje cesantes á los caballos; que haga desaparecer las yeguas; que ahogue los loros, codornices y demas avechuchos parleros y cantantes; que amortice títulos y consolide banqueros; que cierre las tiendas, y haga marchar á Asturias á los inozos de cordel; á la inclusa los chicos; y al infierno los bardos de las harpas ó los Orfeos del organillo.—Con lo cual quedarían regularmente amenas las calles y plazas de la populosa corte, y dotadas del aseo, silencio y compostura de un Falansterio ó de un cláustro conventual.—Pero entoncez, señores gacetilleros, ¿de qué habia de hablar la *gacetilla*? ¿Y sin *gacetilla* quién habia de leer un periódico?

EL CORRECTOR DE PRUEBAS.

VISITA REAL DE ATOCHA.

El domingo 27 tuvo lugar la solemne visita de nuestra augusta y querida reina al santuario de Atocha, con el fin de implorar el divino auxilio para el dichoso término de su embarazo.

La guarnicion de Madrid estaba tendida por la carrera, y todas las calles del tránsito vistosamente colgadas. S. M. salió del real palacio á las seis con su augusto esposo. Iban en una magnífica carroza, tirada de ocho caballos soberbiamente enjaezados. Precedía el serenísimo señor infante don Francisco de Paula Antonio, y tanto á S. A. como á SS. MM. en el lugar correspondiente, la lucida comitiva de los jefes de palacio y demas que se acostumbra en semejantes solemnidades.

Continuaban á la derecha de SS. MM. y A. los presidentes y comisiones de ambos cuerpos colegisladores. Seguian inmediatamente por el mismo lado, el Tribunal Supremo de Justicia, el especial de las Ordenes, el mayor de Cuentas, el señor capitán general, generales y plana mayor. Oficiaba el R. patriarca de las Indias, acompañándole en el presbiterio por el lado del Evangelio los RR. arzobispos y obispos y por el lado opuesto los capellanes de honor.

La mayor alegría reinaba en la multitud que por todas las calles pululaba, y que victoreó entusiasmada á la escelsa Isabel. Por la noche estuvieron

iluminados todos los balcones de la estacion, y los principales edificios públicos.

En la lámina anterior verán nuestros lectores el aspecto que presentaba el Prado en el momento de pasar la regia comitiva.

SALIR DE MADRID.

Leyenda fantástica alemana.

(Conclusion.)

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa la plaza del real sitio de san Ildefonso al anocheecer.

ESCENA I.

Adela y Bernabé.

Adela.—¿Qué callado está usted!
Bernabé.—Es que, señorita...
Adela.—¿Qué decía usted?
Bernabé.—Decía que... que... que... hace muchísimo calor.
Adela.—Es muy cierto, ¿y qué mas?
Bernabé.—Y que...
Adela.—¿Y qué? (con interés.)
Bernabé.—Que ayer hacia mas fresco.
Adela (incomodada).—Tambien es verdad.
Bernabé.—Y que... que consistia en que ayer sopló el viento norte (pausa. Siguen andando despacio.)
Adela.—¿No se le ocurre á usted otra cosa?
Bernabé.—¡Ay!
Adela.—¿Qué suspiro... tan... poético!
Bernabé.—¡Si usted supiera!
Adela.—Mal puedo saber si usted no me lo dice.
Bernabé.—De lijo se va usted á enfadar.
Adela.—¡Quién sabe!
Bernabé.—Decididamente no me atrevo, pero si... aunque no... mas... pero...
Adela.—¿Se ha vuelto usted loco?
Bernabé.—Sí; loco, enamorado frenético por usted!
Adela (como sorprendida, pero sin estarlo).—¡Dios mio!
Bernabé, ¿sabe usted lo que se ha dicho? ¡Simamá lo oyera... (Desaparecen por el camino de Segovia.)

ESCENA II.

Don Damian con varios caballeros.

Don Damian.—Señores, yo me dirijo hacia el camino de Segovia donde he dejado por acompañar á un amigo á la diligencia, á mi muger y mi hija: ¿viene usted?
Todos.—Vamos juntos.
Don Damian.—Volviendo á nuestra conversacion, el Escorial es un edificio soberbio. Todo es admirable allí; hasta la bodega es prodigiosa. Caben setecientas tinajas de vino.
Un progresista.—¿Y á eso llamaban hacer penitencia!
Un absolutista.—¡Infelices! todo lo gastaban en limosnas.
Un moderado.—¿Cómo sabían fomentar los intereses materiales!
Un polaco.—¿Qué banquetes daría el prior!
Don Damian.—Y no crean ustedes que es chanza. En un solo verano visité diez y siete veces la tal bodega.
Un andaluz.—¿Cuándo tenia mosto?
Don Damian (incomodado).—¡No señor!
Un arquitecto.—¿Iria usted á admirar aquellas magnificas bóvedas?
Don Damian.—No señor: iba á buscar telarañas para ponerme en una cortadura: las prefiero al tafetan inglés.
Un poeta sin un cuarto en el bolsillo.—¡Oh vanidad de las cosas humanas! ¡Oh vilipendio! ¡Oh degradacion de la especie humana! (á don Damian) ¿Me hace usted favor de un cigarro?
Don Damian.—Ahí va la petaca. Yo deliro por la vida del campo; es tan agradable!
Un caballero (bostezando).—¡Tan divertida!
Otro (que cojea porque le aprietan las botas).—¡Hay tanta holgura!
Otro (saludando hasta el suelo á uno que pasa).—Y sobre todo, nada de ceremonia.
Don Damian.—Aquí, por ejemplo, nos rodea una atmósfera de sencillez, de pureza, de inocencia (atisbando dos pasos mas adelante á Bernabé que besa la mano á Adela.) ¡Qué ve! ¡Qué escándalo! ¡Señorita, venga usted! ¡Caballero, nos veremos! (se lleva á Adela del brazo á pesar de que esta, á imitacion de su madre, se siente atacada de un espasmo nervioso.)
Dos ó tres casados.—¡Qué horror!
Tres ó cuatro solteros.—¡Hace bien!

ACTO TERCERO.

El teatro representa una de las alamedas laterales del camino de Segovia. Los carruages levantan bastante polvo. Se ven unos veinte ó treinta niños, y otros tantos perros falderos corriendo por todos lados.

ESCENA I.

Varias señoras sentadas en corro; entre ellas doña Agustina. Adela á un lado y sin hablar con nadie. A lo lejos se pasean don Damian y sus amigos.

Doña Agustina (á una señora gruesa).—Cuánto me alegro de que haya usted vuelto por acá.
La señora aludida.—Ya ve usted; tengo que pasear á mis diez hijos.
Otra.—¿Diez? pues el verano pasado solo tenia usted ocho.
La señora.—Es cierto; pero en este invierno he tenido la satisfaccion de añadir á los ocho, esos dos gemelos que llevan las amas.

Una soltera que tiene seis perros, cuatro gatos, y tres loros.
—De esas satisfacciones pocas!
Doña señora.—Tambien ha llegado la intendenta.
Otra señora.—Ya lo sé. Ayer vi al coronel por la calle.
Otra señora.—La señal era infalible...
Otra.—¡Pobre marido!
Otra.—No sé cómo le gusta esa muger al coronel; me consta por su doncella que es jorabada.
Doña Agustina.—Tiene dos muelas postizas.
Una vieja con peluca.—Y lleva añudido.
Una muger larga escueta y verdinegra.—Lo peor es su lengüecita de víbora.
(Se divisa á cierta distancia una señora graciosa y elegante.)
Todas.—¡La intendenta!

ESCENA II.

Dichas y la intendenta y el coronel.

Todas.—(levantándose.) ¡Querida mia!
Doña Agustina.—(abrazándola) ¡Qué guapa estás!
Otra.—¡Cada dia mas hermosa!
Otra.—¡Y mas buena!
Otras.—¡Cuánto nos alegramos que hayas venido!
La vieja de la peluca.—Hablando estamos de usted.
La intendenta.—No sé cómo agradecer tanta bondad... ¿Tenemos al cabo teatro? (sentándose.)
Una señora.—Sí, hoy se inaugura. Estoy abonada.
Doña Agustina.—¡Y yo!
Todas.—¡Y yo! ¡y yo! (á continuacion.) No hay persona decente que no esté abonada.
La intendenta.—¿Qué hay esta noche?
Doña Agustina.—Una funcion preciosa.
El coronel (sacando un papel color de rosa).—Voy á leer á ustedes el cartel (lee.) Teatro del real sitio de San Ildefonso, 24 de julio de 1843.—La empresa, deseosa siempre de complacer á sus favorecedores, ha logrado, á fuerza de instancias y gastos considerables, contratar una compañía de ópera italiana que ha recorrido con aplauso los teatros principales del Escorial, Avila, Getafe y Ciempozuelos. La compañía se compromete á cantar, en treinta funciones, todas las óperas de Bellini, Rossini, Donizetti y Mayerbeer. Al efecto se cantarán dos cada noche.

CANTANTES.

Prima donna absoluta.—La Sra. D.ª Juanina Perecini (italiana.)
Altra prima.—D.ª Andrea Fernandes (italiana.)
Primer tenor.—D. Matei Borreguini (italiano.)
Baritono.—D. Giuseppe Bartolini (italiano.)
Bajo.—D. Giacomo Arrevarretaricosy (ruso.)
Capo di coro.—D. N.
Director de orquesta.—Mr. García Lanás (francés.)

PRIMERA FUNCION DE ABONO.

Primera parte.

Maria di Rohan.

ADVERTENCIAS.

Primera. Por indisposicion de la prima donna, se suprime la romanza del primer acto, la cavatina del segundo, el ária del tercero.

Otra. Por hallarse ronco el tenor se suprimen: el ária del primer acto, el duo de tenor y bajo del segundo, el ária y terceto del tercero.

Otra. Por indigestion del bajo se suprimen otra ária y otro duo.

Otra. No hallándose organizado todavia el cuerpo de coros, se suprimen todos los de la ópera.

Segunda parte.

Lucrecia Borgia.

Advertencia. Por las mismas causas se hacen supresiones análogas á las anteriores.

Ultima advertencia. Para indemnizar á los concurrentes de la música suprimida, el director de orquesta se presta á tocar unas preciosas variaciones para violin sobre el tema popular de la *Muñeira*. A continuacion, una niña de tres años cantará la conocida cancion titulada *¡Agua va!*, terminando la funcion con un capricho instrumental compuesto por un aficionado, para guitarra, chinescos, platillos, pito, bombo y redoblante.

La intendenta.—Así no me estraña que se canten dos óperas cada noche!

Una señora. Es una desgracia que estén resfriados los cantantes.

Un caballero (con intencion).—Menos el bajo.

Doña Agustina (apresurándose á dar otro giro á la conversacion).—Hija mia, ¡qué precioso vestido traes!

La del vestido.—Vale poco... es regalo de mi esposo... está á la disposicion de ustedes (devolviendo el cumplido)

Agustinita, usted sí que trae un sombrero divino.

Doña Agustina.—Muy sencillito, solo han entrado catorce varas de cinta, pero como aquí hay un lujo...

Varias señoras con batas de percal.—¡Asiático!!!

La señora de la peluca.—Soy de opinion de que nos vayamos á vestir para el teatro. Yo tengo precision de peinarme.

Todas.—¡Vamos! (Se levantan y caminan en grupos.)

ESCENA II.

Doña Agustina del brazo de su esposo andando á cierta distancia de las demás señoras. Adela y su primo van delante. Detrás de todos y bastante lejos, marcha Bernabé pensativo.

Doña Agustina.—Cuéntame ahora lo que ha sido.

D. Damian.—¡Un escándalo! que me encontré á mi hija dando su mano á besar al caballero Bernabé.

Doña Agustina.—¡Me alegro!

Don Damian.—¿Cómo!

Doña Agustina.—Te lo explicaré. Ese Bernabé quiere á Adela desde que la vió. Es rico, muy rico. Su padre es el primer propietario de Avila, y tiene ceguera por su hijo único, y ya es tiempo de establecer á nuestra hija.

Don Damian.—Entonces he hecho una barbaridad en irri-tarme.

Doña Agustina.—Al contrario. No hay como los obstáculos para encender el amor. A estas horas ha escrito á su padre pidiéndole autorización para casarse.

Bernabé (siempre á lo lejos).—¿Qué estarán tramando contra mí! ¡Oh madre cruel! ¡oh padre tirano! ¡De seguro os vais á ausentar! ¡me vais á robar mi tesoro! ¡Con tal de que el propio que he despachado á mi padre llegue á tiempo!

Don Damian.—¿Y cómo has averiguado lo que es ese muchacho?

Doña Agustina.—Es escusado decírtelo. Lo positivo es que dentro de poco habrá boda.

Bernabé (á lo lejos).—¡No hay remedio, tendré que robarla! ¡Huiremos á mi país para evitar la ira, el encono de esa madre, de ese déspota con faldas!

Don Damian.—Me admira tu habilidad.... eres un Tallebrand.

Doña Agustina.—No; soy madre, y mi hija tiene veinticinco años cumplidos!

ACTO IV.

El teatro representa una sala modestamente amueblada.
La escena es en Madrid.

ESCENA I.

La familia de la casa compuesta de un padre empleado, la madre y dos hijas solteras. Doña Agustina y D. Damian.

Doña Agustina.—El primero de octubre es la boda de Adela, y en su nombre vengo á convidarlas á ustedes. El novio es un excelente jóven. Le conocimos en la Granja, y tantas instancias nos hizo, que hubo que ceder á su empeño: por otra parte, aunque algo lugareño, es instruido, y su padre tiene cuatro mil duros de renta.

La señora de la casa (con envidia).—Reciba usted mil enhorabuena. A mis niñas no las quiero establecer todavía: ¡son tan jóvenes!

D. Damian.—Pues yo reniego de la Granja. En la última borricada cogí un reuma que me hace andar con muleta.

El señor de la casa (que es algo sordo).—En efecto, el aire del campo es muy saludable.

Una de las hijas.—¿Y Cosme?

Doña Agustina.—A mi pobre sobrino le han quitado el destino, porque dice su jefe que no le acia mas que versos. A los ocho dias de volver, le destituyeron, y eso que dedicó su drama al jefe. Pero ahora se va á vengar en grande. Su melo-mamo-mimo-drama, así creo que se llama, se va á echar dentro de ocho dias y ha tenido la ocurrencia de poner al traidor el nombre y apellido del jefe de su negociado, que tiene la culpa de todo.

Otra de las señoritas.—¡Buen rato vá á pasar!

Doña Agustina.—¡Ya lo creo! como que en el último cuadro le ahorcan primero y luego le fusilan, sí, le fusilan con flechas.

La señora de la casa.—Aquí ha estado ayer don Canuto y viene muy descontento: como es tan raro, dice que en su libro pone que, en la fuente de La Toma hay diez y siete ranas de piedra y él solo se encontró diez y seis y una viva. ¿Es mas bonita esa fuente que el Nocturno del Prado?

Doña Agustina.—Mucho mas... pero ya es hora, vamos Damian. (Se despiden.)

ESCENA II.

Los de casa.

La madre y las dos hijas (con entusiasmo).—¡El año que viene hay que ir á la Granja!!!

FIN.

LA MUGER BAROMETRO,

POR

Javier B. Saintime.

CARTA II.

Cipriano Fournier, antes naturalista auxiliar en el Jardin de Plantas, á su amigo Eduardo Lugué, subinspector de hacienda de tercera clase.

PARIS 4 de abril de 18...

Querido amigo: te doy la enhorabuena por tu buena fortuna, por tu inspector general de doble aplicacion, por tu juego de palabras sacado de la historia de Inglaterra, y sobre todo por el buen empleo que has hecho de la astronomía. La astronomía aplicada á las necesidades del corazón, me parece un descubrimiento muy grave.

Pero antes de entrar en mas pormenores, permíteme que te tome á mi vez por mi confidente.

Ego in Arcadiam:

Y yo tambien fui pastor en Normandía.

Hace ahora cinco años, fui enviado por el Museo á aquel hermoso país para estudiar algunas especies bovinas introducidas recientemente en Francia. Al llegar á Argentan, me acordé como tú, que tenía un antiguo conocido en las cercanías; y como tú me puse en camino á pié, pues la distancia era cuando mas de cuatro ó cinco cigarros, y el tiempo tenía un semblante magnífico.

Para evitar que el sol me quemase y dejándome guiar por consejos perdidos, me metí en unos senderos interminables, estrechados por un doble seto de arbustos, cuya vegetacion parecia á veces cerrarme el paso.

Ya me sentia detenido de repente por los faldones de mi casaca, ya mi sombrero rodaba lejos de mí, y cuando me ba-

jaba para cojerlo, una Amadriada, oculta en las ramas, me agarraba de los cabellos con riesgo de hacer de mí otro Absalon, ó lanzaba maliciosamente mi cigarro á diez pasos de distancia.

En aquella comarca de tantos manantiales, un hermoso riachuelo hacia las veces de sendero, y me obligaba á caminar como el coloso de Rodas y con los pies en el fango; pues el sol visitaba muy raras veces las ninfas de aquellos arroyos. Salí por fin del intrincado paso como pude, y no sin haber dejado, como los carneros de Teócrito, algunas muestras de mi paletó en los zarzales del camino.

Con este traje lleno de lodo, con las manos y el rostro arañados por las zarzas, el cabello revuelto, el sombrero abollado, manchado de fango y exhalando un olor de tabaco á diez pasos de distancia, me presenté en casa de mi antiguo condiscípulo. Estaba ausente, pero encontré en su lugar á su hermana, jóven viuda de mediana apariencia, y la cual me hizo la mas graciosa acogida que he recibido en mi vida.

Cuando volvió el hermano, me fué preciso visitar tambien la hacienda y sus pertenencias. Al oirme hablar por el camino como un herbolario consumado, la hermana declaró que adoraba la botánica, y para tomar lecciones conmigo, no tardó en acompañarme en todas mis correrías, con su hermano ó sin él.

El segundo dia la encontré encantadora; el tercero la adoré; y veinticuatro horas despues llegaba al delirio de la pasion.

Por su parte, ella parecia encontrarme muy de su gusto, á pesar de mis arañazos y á despecho del traje grotesco de mi primera aparicion.

Cuando tuvimos que separarnos, el corazón de entrambos subió al mismo grado de calor, y nos hicimos la promesa solemne de volver á vernos pronto.

Por la primera vez de mi vida pensé, al dejarla, en el matrimonio sin estremecerme. Te digo que hace cinco años que esto pasó, y hace muy cerca de cinco años que el recuerdo de aquel encuentro se ha transformado en mí, como tambien en ella sin duda, en un sueño campestre.

¡Dime ahora si soy, como lo pretendes, ateo en amor! ¡No; mil veces no! ¡Pero qué otra pasion mejor que el amor debe tener sus ilusiones, sus sorpresas y sus celages?

He deducido de mi ejemplo y de muchos otros que por regla general y en ciertas circunstancias dadas, nadie ha pasado jamás ocho dias en el campo al lado de una mujer, cualquiera que esta sea, sin enamorarse ciegamente de ella. Despues de regresar á la ciudad, cada uno vuelve á sus costumbres. Todos aquellos repentinos frenesís se han desvanecido al mismo tiempo que los suaves perfumes de los jardines y de los prados.

Libreme Dios, querido Eduardo... Carlos Eduardo, quiero decir... de pensar un solo instante que tu amor á la señorita Bouron deba ponerse en la categoría de los afectos frenéticos de que acabo de hablar. Admito que eres una escepcion de la regla.

Ademas, aunque tu pasion fuese como todas las otras de carácter transitorio, las circunstancias no te han sido muy favorables para deshacerte de ella tan luego como el uso lo requeria. Has dejado el campo, no para meterte de nuevo en el torbellino de Paris, sino para ir á enterrarte en una pequeña ciudad de provincia. Aquel amor, que nació á la sombra de los árboles de Neuville, no ha podido menos de crecer y desarrollarse en el silencio del gabinete. ¡No importa! tengo fé en él. Creo tanto mas facilmente en él, cuanto que, contra tu costumbre, me has dado pruebas de una discrecion inverosímil. ¿No ha sido necesario el sacudimiento que te he hecho sentir muy involuntariamente, para hacerte arrojar aquel grito de desafio y de triunfo, que equivale á una revelacion?

Réstame ahora darte cuenta de la mision delicada y secreta que te has servido encargarme.

Cumpliendo con tus órdenes, ayer 3 de abril me hice presentar por Maricourt en casa de la señora de Neuflyse. Ví á Jenny, á quien habia conocido solo en su niñez en casa de su abuela. ¡Estaba encantadora! Pero ¡por Dios! mi honrado amigo, cuán poco se le parece el retrato que de ella me has hecho!

Me la has representado, primero como una jóven de aspecto bastante ceñudo, animándose á la vista de la borrasca, conversando en seguida con labradores; una especie de campesina en fin, perfectamente digna de figurar en el cuadro de tu pastoril normanda, y la que yo he visto es una reina, amigo mio, una hada de salon, una verdadera leona parisiense!

Maricourt me habia presentado á aquellas señoras precisamente en medio de una numerosa tertulia. Daba placer ver á tu Jenny á la luz de las arañas, con su toilette deslumbradora, ayudando á su tia á hacer los honores de la casa, de un modo maravilloso. Hacíalo con una felicidad graciosa y comedida, circunstancias que la presentaban como una jóven recomendable y como una verdadera ama de casa; su dignidad era serena y natural, ó cuando menos perfectamente estudiada. Te aseguro que si no me hubiera acordado oportunamente de mi mision, me hubiera... Dispénsame, Eduardo... ó mejor dicho Carlos Eduardo... tranquilízate; te repito que no se me olvidó que estaba allí por órden superior, y solo en calidad de tu espía.

La señorita Bouron se sentó al piano, mas bien por obsequio que por vanidad, y acompañó las vocerillas frágiles y temblonas de algunas jóvenes que se presentaban por vez primera en la sociedad. Bien sabes que detesto el piano, horrible instrumento de suplicio, que sueló echar nieve en medio de una tertulia animada, y partir por medio todas las conversaciones. El piano solo ha debido la aceptacion que tiene en el mundo á la ventaja que lleva á los demas instrumentos de hacer las veces de mueble.

Manteníame, pues, apartado lo mas posible, y merced á la facultad peculiar que tengo de absorberme en mí mismo, conservando un semblante complaciente, se habian cantado dos ó tres romanzas casi sin yo saberlo, cuando dos voces frescas y briosas, que guardaban perfecta armonía, me sacaron de mi distraccion.

Era un duettino cantado por una muger rodeada de oyentes, y por un jóven alto, rubio y airoso, que lanzaba al

cantar las miradas mas tiernas del mundo. No parecia sino que sus ojos hablaban las espresiones mas ardientes de amor.

Prepárate para una nueva conmocion, camarada. Concluido el trozo, levantóse la cantora en medio del ruido de las aclamaciones. ¡Era Jenny! y por no hacer traicion á la verdad, declaro que su voz habia sido tan vibrante y tan conmovida como la de su compañero, y que este es un buen mozo.

En calidad de agente tuyo, creí de mi deber ir á tomar inmediatamente informes sobre él. Es un jóven honrado, dueño de una fortuna bastante respetable y que lleva hasta el fanatismo su aficion al canto sentimental. Llámase Beaupré.

Despues del piano vino el baile. Jenny bailó el primer vals con el mismo cantor; y se trata nada menos que de un vals á dos tiempos, que es el mas inmoral de todos los vals; y la que llamas campesina, despues de haber gorgoeado como una sirena, ejecutó con admirable maestría los giros y compases. Estrechada sobre el pecho de su compañero, con la cabeza lánguidamente inclinada sobre el hombro del mismo, el rostro medio oculto en las flores de un enorme ramillete, cualquiera creeria que embriagada de perfumes, se dejaba llevar por torbellinos de armonía.

Creí perdida la causa... No hay duda, me dije para mí, que él es el pretendiente, el novio. Debo, pues, retirarme y enviar á mi amigo la noticia fatal en una carta con sello negro.

Tranquilízate, Pilades; algunos instantes despues Jenny cantaba ó valsaba con otros, y me apresuro á declarar con un vivo sentimiento de alegría, que tambien experimentarás sin duda, que á pesar de no ser el mismo su acompañante, y á pesar de ser muy feo el que con ella valsaba, su voz era igualmente espresiva y sus ademanes no menos lánguidos y amorosos. Parece que la clase del vals así lo requeria.

Cuando volví un poco de mi turbacion, determiné cumplir mi deber hasta el fin, por grandes que debiesen ser los sacrificios de mi amor propio.

Me armo de todo mi valor, enderezome, arreglo mi corbata y convidó á Jenny á bailar.

¡Si, amigo, yo, el bailarador á quien conoces, me arriesgo, me atrevo, me sacrifico con el único fin de poder hablarla de ti.

Entre dos figuras y con el aire ingenuo que me distingue, le pregunto desde luego si ella no es la nieta de la señora viuda Bouron. Me contestó afirmativamente.

—Tengo el honor de conocer personalmente á vuestra abuela, le dije, y aun hace poco que he oido hablar de ella á uno de mis amigos, que estuvo algun tiempo en Neuville el otoño próximo pasado.

¡Qué frase tan diestra para obligarla á preguntarme tu nombre! ¿qué te parece?

—¿Y vuestro amigo, cómo se llama?

—Eduardo Lugué... ¡Oh! ¿no lo conocéis sin duda?

—¡Muy al contrario! Le he visto en Neuville; es un jóven muy amable.

Mientras ella hablaba, yo observaba atentamente su fisonomía, tratando de sorprender en ella un indicio de turbacion ó de simpatía. Un diablo de *avant deux* interrumpió nuestro coloquio y redujo á la nada mis sabias observaciones fisionómicas. Traté de hacerla volver al mismo asunto, pero á cada momento de descanso que nos dejaba la contradanza, tenia tantas órdenes que dar, en calidad de ama auxiliar de casa, que no pude lograrlo. Sin embargo, cuando la llevé á su asiento, ella misma volvió á hablar del asunto.

—Y vuestro amigo, me dijo, ¿sigue dedicándose á la astronomía?

Pesa esta palabra, Carlos Eduardo, examínala bien en todos los sentidos, disécala como mejor te cuadre; en cuanto á mí, no he sabido de qué modo interpretarla, porque apenas la habia pronunciado cuando, ligera como una gacela, se lanzaba hácia la puerta de entrada para ir á recibir y saludar un grupo de bailarinas que llegaban tarde.

Réstábame solo sacar en limpio lo del próximo matrimonio. Los informes preliminares que habia tratado de obtener de Maricourt á nada me habian conducido, pues conoces su discrecion. Apurado por mis preguntas, apenas le oí murmurar entre dientes estas palabras: ¡Estraña jóven!

Pero otro era el sonido que queria sacar de la cuerda.

Al tomar un sorbete, hablé del asunto á un vecino mio á quien habia tenido el honor de encontrar ya varias veces al lado del aparador.

—¡Cah! me contestó; es mala de contentar la muchacha; sabe demasiado que ha de ser muy rica.

Apunté inmediatamente en mi cartera de policia estas dos observaciones: es rica. Es difícil.

Un jóven colegial la habia llamado prima delante de mí, y como era de la familia podia darme mejores informes que otra persona; era aun niño, y su confianza debia ser mas espansiva. Estaba en la antesala, medio acostado en un divan, con la actitud perezosa de un estudiante que descansa de la fatiga que le ha causado el estar sentado en un banco de madera. Tomé lugar á su lado con aire insinuante y almirado.

—Amiguito, le dije, ¿no sois pariente de la señorita Jenny Bouron?

—Bien, ¿y qué? respondió mi gracioso interlocutor, con la exquisita cortesía universitaria que distingue á los señores de la quinta y cuarta clase.

—Cuando se case, ¿seréis sin duda su caballero de honor?

—¡Pues ya! Ni mas ni menos.

—¿Creeis que la señorita Jenny no se casará pronto?

—¡Qué sé yo! ¡es tan rara mi prima! Quería hacerse monja dos dias ha.

Apunté inmediatamente esta última frase.

Despues del primo me dirigí resueltamente á su tia, la señora de Neuflyse:

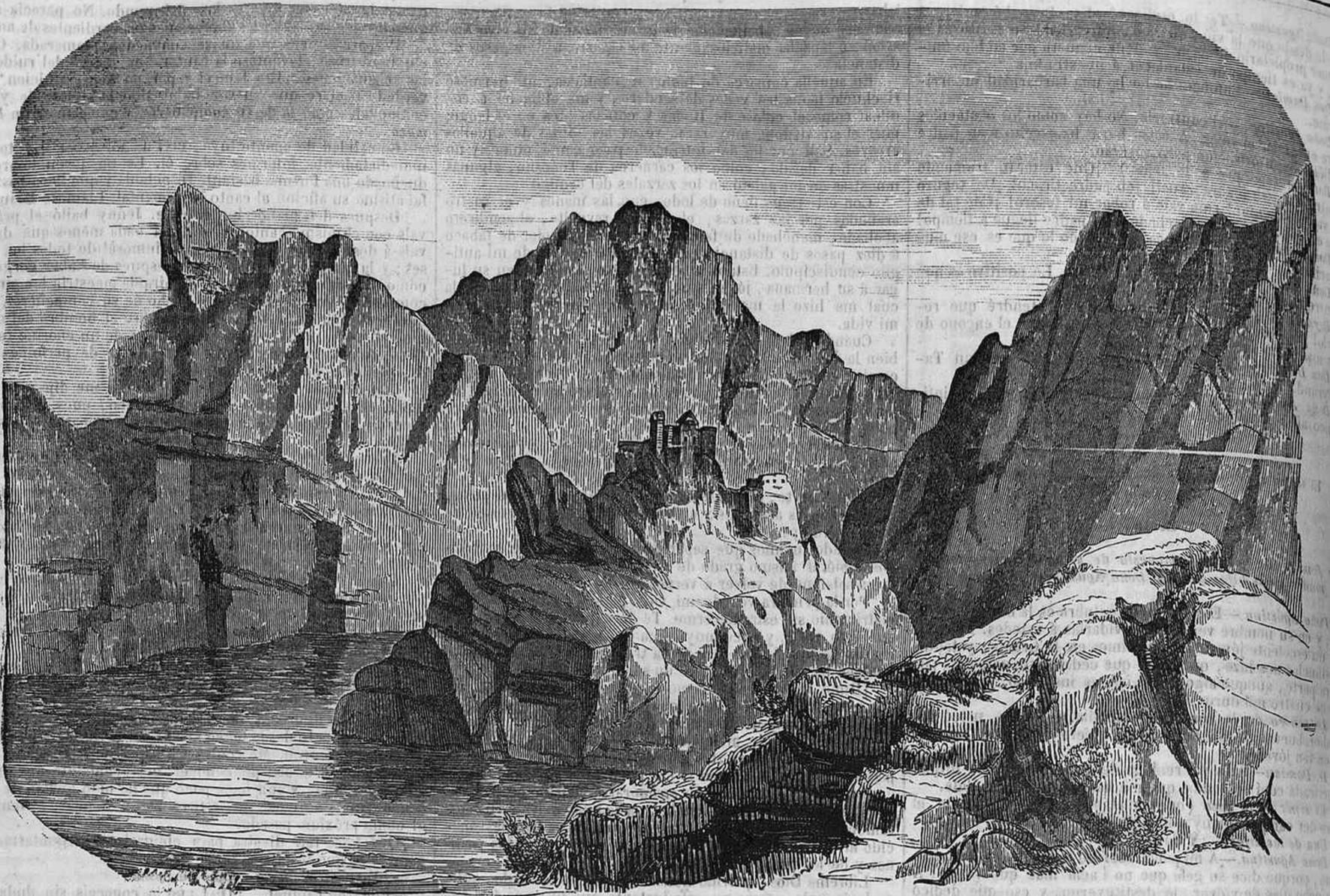
—Vuestra sobrina es encantadora, señora, y estoy seguro que los pretendientes deben presentarse en gran número.

Confiesa que debe ser muy grande el cariño que te tengo para haberme atrevido á pronunciar una frase tan tonta. Pero, camarada, no he tenido motivo para arrepentirme.

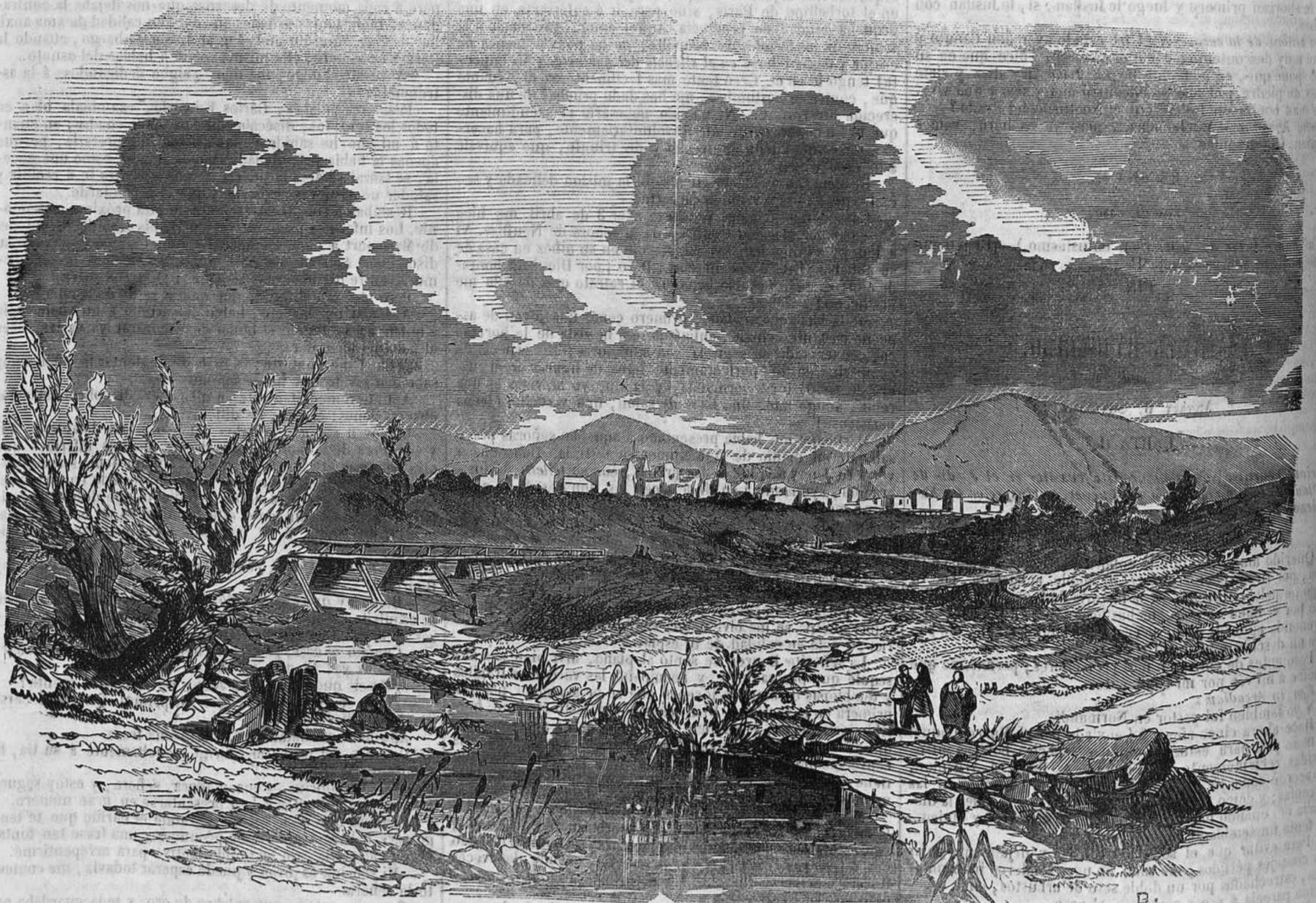
—Mi sobrina es jóven y puede esperar todavía, me contestó la señora.

Creo que esta es una palabra de oro, y te la guardaba para postres.

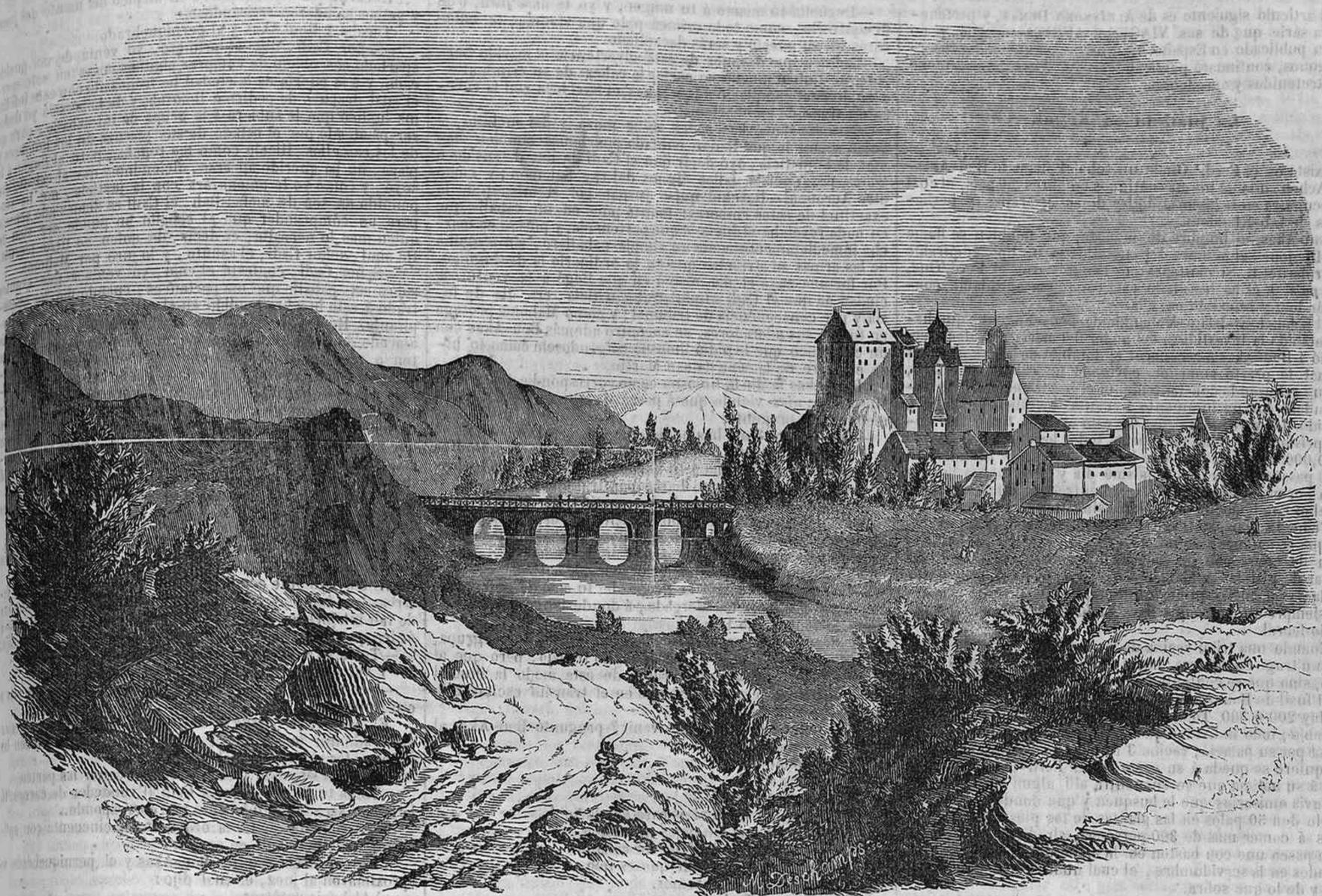
(Continuad.)



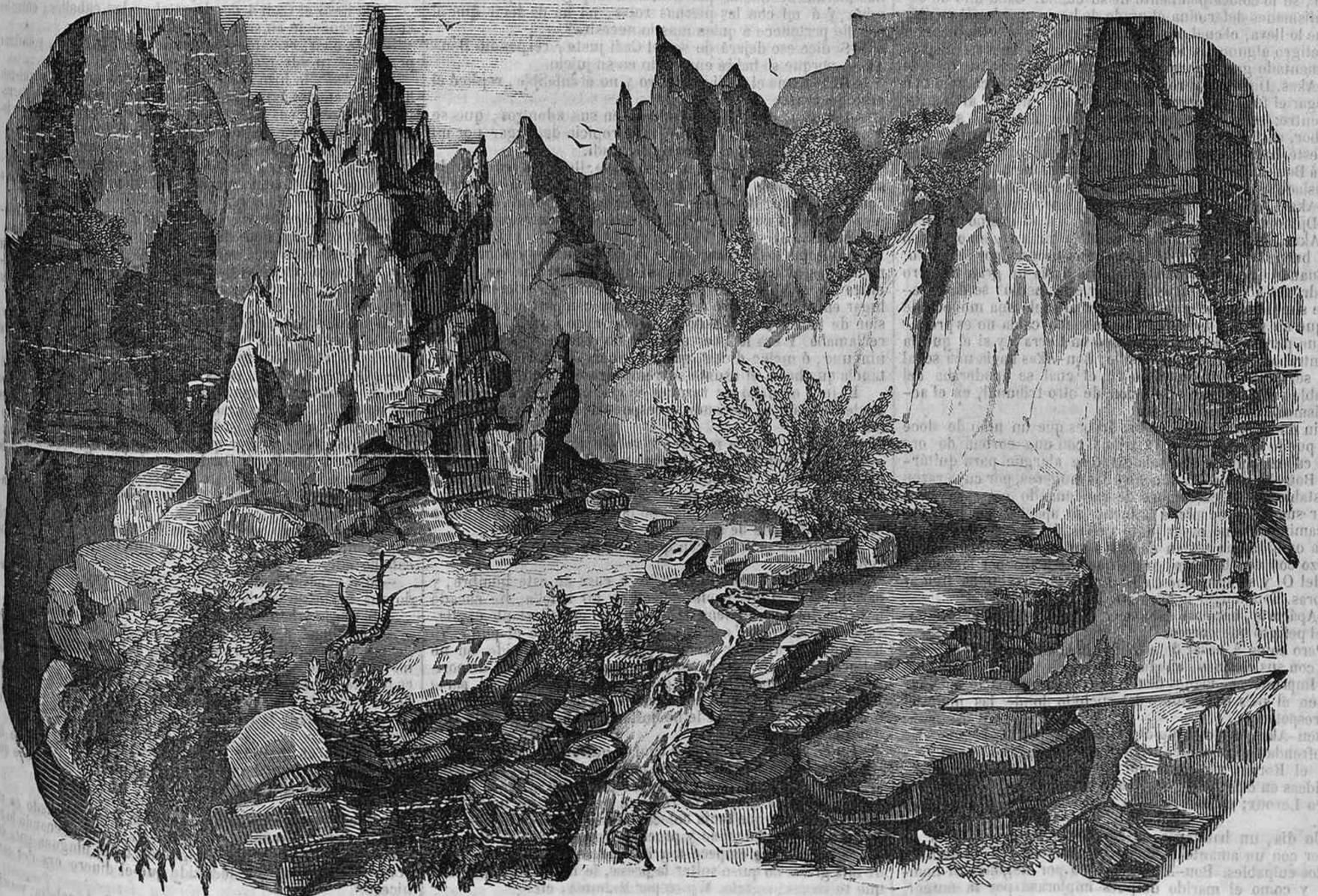
Vista de la fortaleza de Wildenstein en Alemania



Vista de Geisingen en Alemania.



Castillo de Sigmeringen.



Las ruinas de Kreid:nstein en Alemania.

El artículo siguiente es de ALEJANDRO DUMAS, y pertenece á la série que de sus VIAGES á AFRICA escribió, y no se han publicado en España. La Ilustración que ya ha insertado algunos, continuará publicándolos por creerlos sumamente entretenidos y agradables.

La justicia en Argel.

Existe en el Ferdj' Ouah un scheick llamado Bou-Akas-ben-Achou, uno de los mas antiguos nombres del país, el cual se encuentra en la historia de las dinastías árabes y berberiscas de Inb-Khaldour.

Bou-Akas, el hombre de la maza, que también se llama Bou-Djenoue, el hombre del cuchillo, es un tipo admirable del árabe del E. Sus antepasados conquistaron el Ferdj'Oua, bello país, y él ha heredado esta conquista agradable consolidándola y reinando en ella.

El Scheick El-Islam-Mohammeda-ben-Fagoune que había recibido la investidura del poder del mariscal Valeé, persuadió á Bou-Akas á reconocer el dominio de la Francia; por lo cual le prestó sumisión enviando un caballo de Gada, aunque rehusando constantemente el ir á Constantina y escusándose con un juramento á cuantas instancias se le han dirigido. La verdadera causa de esto es que teme ser hecho prisionero. Bou-Akas paga todos los años un tributo de 80,000 francos al hacerse la recolección, y ni uno solo se ha pasado sin que en el mismo día y á la misma hora y hasta por una misma puerta hayan entrado en Constantina los camellos conduciendo dicha suma sin faltar un solo maravedí.

Tiene 49 años, su traje es como el de los Kabilas, es decir, que se compone de un jaike de lana cerrado por un cinturón de cuero con un cordón fino sobre la cabeza. Lleva un par de pistolas á lo bandolero, á la izquierda la flecha Kavila, y al cuello un cuchillito negro. Delante de él marcha siempre un negro que lleva su fusil; y á su lado un soberbio lebrél.

Cuando una tribu vecina de las doce que él manda le hace un ultraje cualquiera, no se digna ir en persona á vengarlo, sino que se contenta con enviar su negro, el cual muestra el fusil de Bou-Akas y el ultraje está vengado.

Hay 200 ó 300 Tolbas á sus espensas que leen el Koran al pueblo; todo individuo que va en peregrinación á la Meka y pasa por su palacio, recibe 3 francos y durante el tiempo que quiere se queda á su costa en el Ferd-Ouah; pero si llega á su noticia que se encuentra allí algún falso peregrino, envía emisarios que le busquen y que donde le encuentren le den 50 palos en las plantas de los pies. Se juntan á veces á comer mas de 300 personas, alrededor de las cuales se pasea uno con baston en la mano dirigiendo á los encargados en la servidumbre, el cual nunca come sino el último y de lo que sobra.

El personaje que nos ocupa manda desde Milah hasta Roboue y desde la punta Sur de la Babon hasta dos leguas de Fijellir. Cuando el gobernador de Constantina, único hombre cuyo poder reconoce, le envía un viagero, según su categoría, ó la eficacia de su recomendación, le da su fusil, su perro, ó su cuchillo; si le da el fusil, el viagero se lo echa á la espalda; si el perro, lo conduce con una cuerda; y si el cuchillo, se lo coloca pendiente de su cuello. Cada uno de estos talismanes determina el grado de honor que ha de recibir el que lo lleva, el cual puede con cualquiera de ellos recorrer sin peligro alguno las doce tribus, en las cuales será alojado y alimentado gratis porque se le considera como huésped de Bou-Akas. Dicho viagero al abandonar este país cumple con entregar el fusil, el perro ó el cuchillo al primer árabe que encuentre: este árabe abandonará inmediatamente su casa, su labor, su familia, el sitio en fin donde se encuentre y lo que esté haciendo para entregar el cuchillo, el perro ó el fusil á Bou-Akas en persona. En cuanto al cuchillo negro, es demasiado conocido, tan conocido que ha dado su nombre á Bou-Akas, á quien como dijimos al principio apellidaban Bou-Djenoue el hombre del cuchillo. De él mismo se sirve Bou-Akas, para cortar cabezas cuando alguna vez en obsequio de la buena y pronta justicia se digna hacerlo por sí propio.

Cuando él entró á mandar el país había un gran número de ladrones á los cuales estirpó por este medio: se disfrazaba de simple mercader dejando caer al suelo una moneda de oro que no perdía de vista. Una moneda caída no es probable que permanezca mucho tiempo en tierra, y si el que la encontraba la metía en su bolsillo, Bou-Akas hacia una señal á un servidor apostado como él, el cual se apoderaba del culpable y sin esperar resolución de otro tribunal, en el acto mismo le cortaba la cabeza.

Sin duda por esto dicen los árabes que un niño de doce años puede atravesar las 12 tribus con una corona de oro en la cabeza sin que una sola mano se alargue para quitársela. Bou-Akas respeta mucho á las mugeres, por cuya razón ha establecido la costumbre de que cuando estas vayan á llenar sus botas de piel á la fuente se aparten los hombres del camino para no pasar junto á ellas. Un día que quiso saber la opinión que tenían de él las mugeres, se hizo encontrar con una bellísima árabe que caminaba por los confines del O. y se aproximó á ella dirigiéndola algunas ligeras palabras. Esta muger le miró atónita y le dijo:

—Apártate, hermoso caballero, porque sin duda tú ignoras el peligro que corres.

—Pero como á pesar de esto continuase Bou-Akas fatigándola con sus caricias, añadió aquella:

—Imprudente, vienes de tan lejos que ignoras te encuentras en el país del hombre del cuchillo donde las mugeres son respetadas.

Bou-Akas es muy religioso y hace con estraña regularidad sus ofrendas y oraciones, tiene cuatro mugeres como permite el Koran, y reparte por igual sus noches con ellas. Sus ideas en cuanto al robo y el adulterio son las mismas de Pedro Leroux; considera de la misma condición ambos delitos.

Un día, un habitante de Ferdj-Ouah sorprendió á su muger con un amante, y envió á la presencia de Bou-Akas los dos culpables. Bou-Akas principió por degollar al hombre, y como el marido despues implorase por la muger, viéndola tan hermosa é interesante con el llanto, le dijo aquel, entregándole su cuchillo:

—Degüella tú mismo á tu muger, y yo te daré otra, ó de lo contrario, como todo crimen pide una víctima, te colocarás en su puesto y serás decapitado.

Es fama que despues de esta advertencia el marido burlado no titubeó mucho en cortar la cabeza de su criminal esposa, lo cual complació á Bou-Akas, el cual hizo con la cabeza un signo de aprobación.

Otro día Bou-Akas padre de la maza y del cuchillo, á quien según lo que hemos contado podríamos también llamar de la justicia, oyó decir que el Cadí de una de sus doce tribus pronunciaba fallos dignos del rey Salomon; y como otro Auroual-Raschid quiso juzgar por sí mismo de la exactitud de estos rumores: montó pues en un caballo que en nada revelaba el dueño á que pertenecía, y púsose en marcha inmediatamente como un simple caballero, sin ninguna de las armas ni atributos que en lo ordinario le distinguían. Por fortuna suya el día mismo en que llegó á la venturosa ciudad en que el Cadí administraba justicia, era día de feria y por consecuencia de tribunal; y como Mahoma protege en todo á sus adoradores, se encontró además Bou-Akas con un cojitranco que le pidió limosna colgándosele como lo hizo el pobre de la capa de san Martin.

Bou-Akas le dió la limosna como correspondía á un buen Musulman: mas viendo que á pesar de esto no le soltaba el mendigo, le preguntó:

—Que quieres? me has pedido limosna y te la he dado.

—Sí, replicó aquel, pero la ley no se limita á eso; no dice solamente darás limosna á tu hermano, sino que añade: harás por tu hermano lo que harías por tí propio:

—¿Y bien, qué puedo yo hacer por tí?

—Puedes impedir que yo pobre reptil sea estrujado por los pies de los hombres y de los camellos, lo cual no dejará de sucederme si me aventuro á entrar en la ciudad.

—¿Y cómo puedo yo impedirlo?

—Colocándome sobre la grupa de tu caballo, y conduciéndome á la plaza del Mercado, á donde tengo que ir.

—Corriente, dijo Bou-Akas.

Y levantando al perniquebrado le ayudó á subir á la grupa, operacion que no dejó de costar algún trabajo, pero que al cabo se hizo. Los dos atravesaron de este modo la ciudad hasta llegar á la plaza, no sin que en el tránsito escitasen la curiosidad de la multitud.

—¿Es aquí donde querías venir? preguntó Bou-Akas al falto de piernas.

—Sí, respondió este.

—Enton'es apéate.

—Apéate tú también.

—No tengo dificultad si es para ayudarte.

—No, es para que me dejes tu caballo.

—Y ¿por qué te he de dejar mi caballo?

—Por la sencilla razon de que es mio.

—¡Hombre! eso lo veremos.

—Escucha y reflexiona.

—Escucho y reflexionaré.

—Estamos en la ciudad del Cadí justo.

—Lo sé.

—Tú vas á demandarme y á conducirme á su presencia.

—Probablemente.

—Y crees tú que en mirándonos á los dos, á tí con buenas piernas destinadas por Dios al trabajo y la fatiga del camino, y á mí con las piernas rotas, no ha de decir que el caballo pertenece á quien mas lo necesita?

—Si dice eso dejará de ser el Cadí justo, respondió Bou-Akas, porque se habrá engañado en su juicio.

—Se le llama el Cadí justiciero y no el infalible, replicó el perniquebrado.

—Por vida mia, dijo Bou-Akas en sus adentros, que se me ha presentado la ocasion mas propicia de juzgar por mí mismo al juez: vamos delante del Cadí.

Y atravesando por la muchedumbre, llevando por la brida su caballo sobre la grupa del cual iba el cojo agarrado como un mono, Bou-Akas se dirigió al tribunal, donde el juez, según la costumbre del Oriente, administraba públicamente justicia.

Dos negocios se litigaban á la sazón que debían naturalmente despacharse antes que el suyo, por lo cual se colocó entre los circunstantes preparándose á oír. El primero tenia lugar entre un hombre de letras y un campesino, con ocasion de haber este robado á la muger de aquel, el cual la reclamaba. Y era lo peor que ella no reconocia por dueño á ninguno, ó mejor dicho, que reconocia á los dos, circunstancia que hacia el asunto sobremanera embarazoso.

El juez escuchó las razones en que cada uno de los litigantes fundaba su demanda, y despues de reflexionar un poco, les dijo:

—Dejadme aquí la muger, y volved mañana.

El sábio y el labrador hicieron una cortesía y se retiraron inmediatamente, tocándole su vez al otro negocio que tenia lugar entre un vendedor de aceite y un carnicero. Aquel estaba todo cubierto del líquido en que traficaba, y este tenia la ropa manchada de sangre.

Hé aquí las palabras con que el carnicero entabló su querrela:

—Yo he ido á comprar aceite á casa de este hombre, y para pagarle el que habia echado en mi botella, he sacado la mano del bolsillo llena de dinero, en cuyo instante él, llevado de la avaricia, me ha cogido fuertemente el puño. Yo he empezado á gritar ladrones, pero él ha insistido en no soltarme la mano, así como yo en cerrarla. En esta disposicion hemos llegado hasta tí para que decidas; por mi parte juro por Mahoma que este hombre es un malvado; y que miente cuando dice que le he quitado su dinero, porque este dinero es mio.

En cuanto al aceitero hé aquí lo que respondió:

—Este hombre fué á mi casa con una botella á comprarme aceite, y cuando la tenia llena me preguntó si tenia vuelta de una moneda de oro. Yo registré entonces mi bolsillo, y saqué el dinero que tenia colocándolo sobre el mostrador; él en seguida le echó mano y procuró escapar con el dinero y el aceite; pero yo empecé á gritar ladrones, y como á pesar de mis gritos no quiso soltar la presa, le he traído aquí para que te sirvas juzgarlo. Y juro por Mahoma, etc.

El juez luego que reflexionó, dijo:

—Déjenme ustedes el dinero y vuelvan mañana.

El carnicero dejó su dinero en un pico del manto del juez, y ambos saludaron retirándose.

Tocaba á Bou-Akas y al perniquebrado.

—Señor Cadí, dijo el primero, yo venia de un pueblo apartado con objeto de comprar algunas cosas en este mercado, y á la puerta de la ciudad he tropezado con este infeliz, el cual despues de pedirme limosna, y de habérsela yo dado, me suplicó que le subiera á la grupa de mi caballo, para no ser pisoteado por el estado de sus piernas de los hombres y plaza, no ha querido apearse, diciéndome que el caballo era pondo en son de mofa: Bah, el Cadí es demasiado sensato para no comprender que el caballo no puede ser sino de Hé aquí, señor Cadí, el asunto, y lo juro por Mahoma.

—Señor Cadí, contestó el cojo, yo venia á mis asuntos sobre este caballo que me pertenece, cuando me he encontrado á este hombre tendido en el camino, y al parecer escapado de algun desmayo, á lo cual me ha respondido: ¿cómo ten o sino cansancio y fatiga, y si tú eres caritativo, concédeme en tu caballo á la ciudad, donde tengo que ir. Haciendo á Mahoma de que me hubiera presentado esta ocasion de ser compasivo; pero cuál fué mi estrañeza al oírle decir que me bajase yo también, puesto que el caballo le pertenecía. En caso tan inaudito, le he hecho venir aquí para que tú decidas.

El Cadí hizo repetir á cada uno su relacion, y luego les dijo:

—Déjenme ustedes el caballo, y vuelvan mañana.

El caballo fué entregado al Cadí, y ambos le saludaron retirándose.

Al día siguiente acudieron al tribunal, además de los interesados, infinitos curiosos que deseaban ver el desenlace de tan intrincados y oscuros litigios. El Cadí siguió el mismo orden que la víspera: llamó primero al sábio, al cual dijo:

—Toma tu muger, porque es tuya.

Y volviéndose luego á sus servidores añadió:

—Den ustedes cincuenta palos en las plantas de los pies á ese campesino.

El marido afortunado se llevó á su muger, y el campesino pudo admirar la presteza y exactitud con que ejecutan las órdenes los siervos de Mahoma.

Pasóse al segundo pleito, y se acercaron las partes.

—Toma tu dinero, dijo el Cadí al vendedor de carnes, tú lo habias sacado de tu bolsillo y te corresponde.

Y en seguida repitió la orden de los cincuenta con aplicacion al comerciante en aceite.

Llegó el tercer asunto: Bou-Akas y el perniquebrado se aproximaron al juez, el cual dijo:

—¡Ah! sois vosotros.

—Sí señor, respondieron ambos.

—¿Reconocerás tu caballo en medio de otros veinte? preguntó á Bou-Akas.

—Sin duda alguna, respondió este.

—¿Y tú?

—En seguida, contestó el cojo.

—Ven, pues, conmigo, dijo á Bou-Akas.

Y le llevó el Cadí á donde estaban los caballos, entre los cuales reconoció en seguida al suyo.

—Está bien, exclamó, espérame en el tribunal, y envíame por aquí á tu adversario.

Bou-Akas lo hizo como se lo mandaban, y el perniquebrado llegó á la cuadra tan pronto como sus piernas se lo permitian, en donde sus ojos, que eran buenos, distinguieron inmediatamente el caballo, al cual señaló con el dedo.

—Está bien, dijo el juez, te espero en el tribunal.

El Cadí regresó á su puesto, y los cinco minutos que tardó el cojo en volver, aumentaron doblemente la curiosidad é impaciencia del público.

—El caballo es tuyo, y puedes ir á la cuadra para llevártelo, dijo el juez á Bou-Akas.

Despues de lo cual se dirigió á su gente, ordenando que dieran al cojo cincuenta palos en el trasero: invencion admirable y digna de un juez recto, por cuanto el delincuente no tenia pies.

Bou-Akas fué por su caballo, y el otro sufrió la felpa, mas al entrar el juez en su casa se encontró á la puerta con que aquel le estaba esperando.

—¿Qué es eso! ¿no estás contento! le preguntó el Cadí.

—Al contrario, respondió el Scheik, pero quisiera saber por auxilio de qué inspiracion administras tú justicia, pues yo no dudo que los otros dos fallos serán tan equitativos como el mio. Has de saber que no soy comerciante, soy Bou-Akas Scheik de Ferdj Ouah, que habiendo oído hablar de tí, ha querido conocerte por sí propio.

El Cadí quiso besarle la mano, pero Bou-Akas le contrató.

—Vamos, tengo ansia por saber como has averiguado tú que la muger lo era del sábio, el dinero del carnicero, y el caballo mio.

—Muy sencillamente, señor. Tú has visto que he guardado una noche entera la muger, el dinero y el caballo.

—Sí: lo he visto.

—Pues bien, á media noche he hecho despertar á la muger, y trayéndola á mi presencia, la he dicho que limpiase mi tintero y le echase nueva tinta. Entonces ella ha verificado esta operacion como á quien le era familiar, de lo que he deducido que no era la muger del aldeano.

—Me satisface la resolucion de este negocio; ¿pero y el del dinero?

—Eso ya es distinto. ¿No repararás qué manchado de aceite estaba el que ha sufrido el castigo, y sobre todo qué llenas de grasa tenia las manos?

—Sí.

—Pues bien, yo he cogido el dinero y lo he echado en un vaso de agua en seguida, y como esta mañana cuando lo he examinado, he visto que el agua no tenia ninguna gota del aceite por encima, he deducido que el dinero era del carnicero.

—Bueno, exclamó Bou-Akas inclinando la cabeza; veámoslo mio.

—En cuanto á eso, me ha dado mucho que hacer, y hasta hace poco no supe la verdad.
 —El cojo no reconoció el caballo que decía ser suyo?
 —Sí tal, y tan exacta y positivamente como tú.
 —¿Entonces?
 —Yo no quería saber al conducirlos delante del caballo si vosotros lo reconociais, sino si él os reconocía á vosotros. Cuando tú te acercastes al animal relinchó, y por el contrario se embravecó al aproximarse el cojo; por lo cual vine en conocimiento de que el caballo era tuyo.
 —Bou-Akas permaneció un rato pensativo y luego dijo:
 —Dios está contigo. Tú debias estar en mi lugar; aunque si estoy seguro de que tú eres digno de ser Scheick, no sé cómo desempeñaria yo el papel de Cadi.

Baños frios.

Sabido es que el uso de los baños, aparte de otras ventajas que el cuerpo humano reporta inmediatamente de ellos, obra como un poderoso preservativo de la salud contra muchas enfermedades, y aun contribuye en gran manera al constante despejo y buena disposicion de nuestras facultades intelectuales. Las personas que por necesidad ó carácter observan un método de vida activo, estan obligadas, mas que otras, á frecuentes abluciones, para que los delicados poros de la piel sacudan las porciones sólidas con que los cubre la continua transpiracion, y puedan ejercer libremente sus funciones. No basta para este objeto humedecer diariamente las partes del cuerpo mas espuestas á la influencia del aire; se necesita una inmersión general, ó bien pasar una toalla ó paño húmedo por todo el cuerpo, á fin de que el vigor moral é intelectual se promueva por medio de la escitacion física.

Muchos creen que el uso diario de los baños, en climas cuya temperatura está sujeta á constantes variaciones, perjudica nuestra constitucion, y antes produce constipados, fluxiones y dolores reumáticos, que resultados ventajosos para la salud; pero este temor puede entrar en el número de las preocupaciones de los que no estan acostumbrados á seguir aquel sistema, y puede asegurarse, sin miedo de caer en error, que los baños, aun los recomendados por el método hidropático, son convenientes y necesarios para las personas de constitucion sana y robusta, siempre que en ellos se observe un sistema prudente.

Cierto es que hay algunas naturalezas tan sensibles y fáciles de conmoverse por el frio, que solo en casos extremos deben esponerse á él; pero aun para estos, que llamaremos barómetros vivientes, puede ser útil el uso de los baños templados que han de ir fortaleciendo poco á poco, y quizá producir un cambio en el individuo.

Por último, no debe ponerse en duda que la costumbre de bañarse diariamente, sobre todo en agua cuya temperatura no diste mucho de la de la sangre, no solo es recomendable como exigencia de la pulcritud y del aseo, sino como necesaria al mejor estado de la salud.

Vamos ahora á esponer algunas observaciones acerca de las ventajas que producen los baños frios, que no dejarán de interesar á nuestros lectores.

La temperatura del baño frio varia desde los 45° hasta los 85° Farenheit, y considerado bajo el punto de vista facultativo, es tónico y estimulante al mismo tiempo no siendo de larga duracion; pero, para que produzca todo su efecto, es necesario que el individuo sienta un calor agradable por todo el cuerpo, inmediatamente despues de salir del agua. Si la sensacion de frialdad ó estremecimiento continúa despues de estar dentro del baño, no es bueno repetirlo.

Una de las circunstancias mas importantes en el uso de los baños frios, es el error en que está la opinion vulgar de que es mas conveniente entrar en el agua cuando el cuerpo está enteramente frio, y que los que estan agitados por haber hecho ejercicio, y han empezado á traspirar, deben esperar hasta quedarse frios del todo. Contra esta opinion errónea existe la regla y precepto invariable y sin escepcion, de que un ejercicio moderado debe siempre preceder al baño frio; y que tanto un reposo absoluto, como un ejercicio violento anteriores, son perjudiciales en semejantes casos.

Los baños frios que deben preferirse son los que se toman en el mar, ó en un rio de corriente clara, ó bien en un lago ó estanque; pero si esto no se puede conseguir fácilmente, se aplica, casi con el mismo efecto, el baño de tina ó la frotacion general con un lienzo húmedo.

La hora mas á propósito para tomar el baño, es la de la mañana, á menos que no sea en rio ó lago; pues entonces es mejor despues de medio dia, ó dos ó tres horas antes de ponerse el sol. Generalmente una hora despues de haber tomado un almuerzo ligero, ó dos horas antes de comer, ó cuatro despues de haber comido, se consideran las mejores del dia para este objeto.

Las personas que gocen de buena salud y de una constitucion fuerte deben bañarse, á lo menos dos veces por semana en agua fria, y si las abluciones son diarias, tanto mejor; pero al entrar, ha de tenerse cuidado con que la cabeza sea lo primero que toque el agua, ya sea el baño de inmersión ó de aguacero, cubriéndola uno ó mas minutos antes con un lienzo húmedo; despues de lo cual se puede entrar sin riesgo en el baño. Como la inmersión se siente mucho menos cuando es repentina, y es muy importante que la primera impresion se sienta igualmente por todo el cuerpo, se recomienda entrar en el agua sin ningun género de temor, pues ha sucedido muchas veces que, observando un método contrario, la sangre ha ido subiendo de abajo á arriba del cuerpo hasta producir una apoplejia mortal. Por esta razon se cree que el baño de lluvia ó aguacero es preferible á los demas, pues trasmite inmediatamente el agua por todo el cuerpo.

La duracion de un baño de inmersión debe ser corta y conforme á la mas ó menos robustez y delicadeza del individuo. En el verano, por ejemplo, puede permanecer una persona saludable hasta media hora en el agua, pero en la primavera ó en el otoño, bastan uno ó dos minutos. En iguales circunstancias debe advertirse que el agua fria obra con mas violencia en las personas de edad y débiles, que en las jóvenes y corpulentas: por esta causá un hombre de setenta

años, aun en los dias mas calurosos del verano, apenas puede permanecer en agua fria, sin peligro, mas de diez ó quince minutos, al paso que un jóven robusto de veinte sufre su impresion por espacio de una hora con toda seguridad.

Al instante despues de salir del baño, es necesario secar el cuerpo con un lienzo basto y no sentarse tranquilamente en seguida, sino tomar un poco de ejercicio, hasta restablecer la natural circulacion de la sangre y la accion general de todos los músculos.

Las ventajas principales de los baños frios, sin contar el aseo y salubridad, son la disminucion del excesivo calor del cuerpo, ó el efecto de una reaccion conveniente en el sistema. Tambien son muy recomendables para el tratamiento de varias dolencias nerviosas y enfermedades reumáticas y de gota; pero, como esto entra ya en la jurisdiccion de la ciencia médica, terminamos aquí estas observaciones que creemos útiles é inteligibles para la generalidad.

Cárlos Dickens.

Cárlos Dickens, novelista inglés, empezó como quasi todos lo hacen en aquel pais, es decir, escribiendo en las Revistas con nombre supuesto, y él usó el pseudónimo de *Boz*. Numerosos artículos de costumbres, recuerdos de viaje, críticas y ligeros cuadros de costumbres, le hicieron adquirir cierta nombradía y le hicieron perseverar en la via que habia empezado á recorrer con paso firme y rápido. Es el primer escritor moderno que ha acometido la empresa de ensanchar las dimensiones de la novela, introduciendo en ella bajo una forma dramática las graves cuestiones que preocupan hoy en dia á los economistas y á los hombres de estado de todos los paises. Al lado de las pasiones cuyo progreso y desarrollo solamente ocupaban las novelas de antes, ha trazado el cuadro de las instituciones y de las miserias humanas. El hombre, en sus libros, no permanece como un ser abstracto, natural de tal pais y nacido en tal época, sino que se convierte en un inglés del siglo XIX, del siglo de las máquinas y de los hospicios, de las leyes de cereales, y del pauperismo.

Una de las primeras novelas que ha publicado Dickens en este género es *Olivier Twist*. Este libro, desprovisto de intriga, refiere únicamente los sufrimientos de un espósito cuya historia proporciona al autor los medios de criticar severamente los hospicios. *Nicolás Nickleby*, es otra novela cuya mucho mas conocida y que ha contribuido poderosamente á popularizar á Dickens. Hé aquí en pocas palabras el argumento de esta novela que tiene muy poca complicacion.

El autor refiere en una especie de prólogo la historia de dos niños, cuyos caracteres perfectamente descritos, se manifiestan desde su mas tierna infancia; uno de ellos es generoso, y el otro avaro. El primero se casa con una jóven de mediana fortuna que le da dos hijos, llamados Catalina y Nicolás, que es el héroe de la novela. El segundo llega á ser un rico usurero de Lóndres, llamado Ralph. En el primer capítulo introduce Dickens al lector en casa del usurero Ralph; su dependiente Newman-Nogs, que es un *ex-gentleman* arruinado por las deudas, le entrega una carta que le anuncia al mismo tiempo la muerte de su hermano, y la llegada á Lóndres de su cuñada Mistress Nekeleby con sus dos hijos Catalina y Nicolás. El difunto no ha dejado mas herencia á su familia que el llanto y la miseria, y los tres desgraciados tienen fundada su última esperanza en Ralph; pero este que es incapaz de tener sentimientos generosos y humanitarios, solo piensa en la manera de desembarazarse de sus parientes necesitados. Empieza por separar á la madre y á los hijos. Hace habitar á su cuñada en una casuca asquerosa de la *Cité*, coloca á Catalina en un almacén de modas, y manda Nicolás en clase de maestro á un hospicio miserable dirigido por un tal Squeers, y situado á 60 leguas de Lóndres. Allí presenta el autor uno de los cuadros mejor trazados de la novela. Es imposible enumerar los tormentos que Squeer, su muger, su hija y su hijo, hacen sufrir á los pobres niños colocados allí por padres avaros, seducidos por la escesiva baratura. Alimentos, vestidos, educacion, todo les falta. La muger de Squeers les administra diariamente un medicamento para quitarles el apetito, el marido los pega, y sus dos hijos imitan su ejemplo. Que perezcan estos desgraciados, fruto quasi todos del crimen y de la deshonra, será un beneficio para sus padres desnaturalizados.

La brutalidad y avaricia de Squeer y de su horrible muger pareciera increíble y fabulosa en España, porque la vigilancia del gobierno impediría tamaños abusos; pero no es así en Inglaterra, en la culta y civilizada Gran Bretaña, en donde reina la mas completa libertad de enseñanza. Allí no hay necesidad de exámenes, de títulos, ni de certificados de buena conducta en los maestros. No existe, en una palabra, esa rigidez de tan absoluta necesidad que sirve para concentrar las dignas é interesantes funciones de preceptor en los hombres de mas mérito y moralidad. Cualquiera puede establecer un colegio ó enseñanza de cualquiera clase en aquel pais, por ignorante é indigno que sea, y se citan cocheros borrachos y viciosos que han dejado el látigo y las bridas para empuñar las disciplinas del maestro.

Nicolás Nickleby no pudo ver sin una indignacion profunda los horrores que se cometian por aquellos seres inmundos; pero por no causar disgusto á su desgraciada madre, lo lleva algun tiempo con paciencia. La situacion se complica. La hija de Squeers se enamora perdidamente de él. Nicolás permanece indiferente, y ella al verse desdeñada, escita todo el odio de sus padres contra él. Finalmente, cansado el pobre muchacho de aguantar golpes al maestro, se pone en camino para Lóndres, á pié y sin dinero.

En el camino encuentra á un adolescente de 17 años llamado Snikee, que se habia escapado tambien del hospicio: este desgraciado no tiene familia, y los malos tratamientos que ha recibido le han hecho quasi idiota. Nicolás le ha protegido, y no quiere abandonar al único ser que le ha manifestado cariño. Llegan los dos á Lóndres y se refugian en casa de Newman Nogs, el dependiente del usurero que pone al corriente á Nicolás lo que ha pasado durante su ausencia. Le refiere que Ralph ha querido hacer servir de cebo á Catalina para su odioso comercio por medios inmorales y re-

pugnantes. Indignado Nicolás, le echa en cara á su tio todas las infamias, y coloca á su hermana al lado de una familia decente y honrada, en clase de ama de llaves. Se marcha en seguida á las provincias con Lmicke y se hace cómico. De aquí, nuevos personajes y aventuras.

En medio de sus triunfos recibe una carta de Neuman Nog que le obliga á encaminarse apresuradamente á Lóndres, pues le anunciaba que su hermana era objeto de las persecuciones de un ricachon libertino, que habia sabido alucinar á su madre é interesar á Balyh en su favor. Nicolás sacude el polvo al *gentleman*, reúne á su madre y á su hermana al lado suyo, y emprende con valor la penosa y humillante tarea de buscar una colocacion. A pesar de las persecuciones de su tio mejora de suerte. Una casualidad feliz le hace conocer á unos comerciantes honrados y filantrópicos que hacen justicia á su mérito y le toman por dependiente. Las persecuciones de Balyh aumentan; se urden intrigas mezquinas y odiosas; pero la felicidad de Nicolás y de su familia está ya asegurada; se casa con una jóven que le ama, y llega á ser sócio de los comerciantes en cuya casa se halla. Catalina da la mano de esposa al sobrino de los excelentes protectores de su hermano, y todos viven felices. Squeers que no ha podido arrancar á Lmicke del poder de Nicolás que cae en manos de la justicia que le envia por dos años á pagar sus dos delitos en Botany-Bay. Balyh, solo, abandonado con su oro que no le sirve para proporcionarse los verdaderos goces del alma, es atacado por el *spleen*, y para colmo de penas llega á saber que Lmicke es hijo suyo. Entonces sube á la bohardilla de su casa y se ahorca—suicidio inglés.—Las últimas páginas de la novela refieren la felicidad de Nicolás y de su familia y concluye con la muerte del pobre Lmicke. Nada ha bastado para borrar la impresion de los suplicios que sufrió en su infancia; se apaga lentamente su existencia, aniquilado y atormentado además por una pasion secreta. La poesia misteriosa que exhala de este carácter tierno y amante da al final de esta obra un encanto dulce y triste que contrasta sobremedera con las bufonadas, las miserias, y los horrores de que está llena esta novela.

En todas estas obras (*Olivier Turist*, *Nicolás Nickleby*, y tambien el *Mercader de antigüedades*) dominan las ideas serias, si no en la forma, que suele ser pueril en el fondo por lo menos. El estilo cómico no es mas que un accesorio en ellas y sirve de descanso al lector. En sus producciones fantásticas se traslucen siempre emociones fuertes y lecciones provechosas. Pero nada de esto existe en el *Club de los Pickwistas*, que desde el principio hasta el fin no hace mas que proponer la risa.

El *Club de los Pickwistas*, que el mismo autor designa como *novela cómica* (título que escasea desde que murió Scarron), justifica perfectamente esta denominacion. Cuenta las peregrinaciones accidentadas, las ideas bizarras, las reflexiones originales, y las aventuras de cuatro hijos de la antigua Inglaterra, corriendo por los caminos para conseguir la *mayor estension de las luces del siglo*. Estos paladines pacíficos que en cualquier otro pais serian tachados de muy *escéntricos*, pero cuyos tipos abundan extraordinariamente en los innumerables *clubs* de la Gran Bretaña, con M. Trey Tupman admirador tan entusiasta cuanto desgraciado del bello sexo, M. Augusto Snodgras, naturaleza poética y flaca, M. Nathaniel Winkle, cazador sempiterno pero virgen aun de todo asesinato animal, y finalmente M. Samuel Pickwick, el sábio Pickwick, el gefe, fundador y protector del *Pickwick ó club*.

Las escenas de esta odisea burlesca son tan apresuradas y se acumulan los sucesos de una manera tan chocante, que sería difícil analizarla. Los cuatro amigos salen de Lóndres y empieza su viaje por una disputa con un cochero suez; riñen á puñetazos segun la costumbre inmemorial británica, y consiguen por fin encaramarse al cupé de la diligencia de Bochester. Aquí vienen á colocarse todas las aventuras desgraciadas del club, y termina la novela con la retirada del venerable Pickwick que regresa á su linda casa de Dulwik.—Las elecciones de Eatanswill pintan con mucha naturalidad una de las costumbres políticas de Inglaterra mas ridículas. Citaremos este trozo como una muestra del estilo de Dickens.

—Hemos venido para asistir á las elecciones, dice el honrado Mr. Pickwick á Mr. Perkker, agente de uno de los candidatos.

—Los debates serán animados.
 —Tanto mejor, replica el cándido Mr. Pickwick, todas las opiniones son respetables cuando son defendidas con celo y...

—Hemos empezado por alquilar todas las posadas para no dejar á nuestros adversarios mas que las tabernas: es buena política.

—¿En favor de quién están las probabilidades?
 —No se sabe; está dudoso por lo menos. Los partidarios de Tiquin han tomado sus medidas tambien. Tienen 33 electores en reserva, en las cocheras del Leon Blanco.

—¿Electores en cocheras?
 —Está claro: los encierran para que no podamos ejercer influencia alguna sobre ellos; además, de poco nos serviría hablarles, porque los tienen completamente borrachos desde que han llegado. El agente de Tiskin es muy diestro.

—Mucho me sorprende...
 —No somos lerdos tampoco nosotros. Hemos convidado la otra noche 43 señoras á tomar el thé; esto nos da alguna probabilidad...

—¿Cómo?
 —Es muy sencillo. Todas tienen padres, hermanos ó maridos; para interesarlas en favor nuestro las hemos ofrecido una sombrilla verde á cada una.

—¿Una sombrilla verde!
 —Sí señor, que es la última moda que ha venido de Paris para las sombrillas. Cuarenta y cinco sombrillas á siete cheelines y seis peniques cada una, forman una cantidad respetable; pero algo se ha de hacer. Las mugeres son fanáticas ahora por las sombrillas verdes, y no se puede estar media hora en un punto sin ver pasar media docena de estas.

En este intermedio llega Mr. Putt, redactor del periódico que hay en aquel pueblo. Es un tipo precioso del periodista de provincia.

—Caballero, le dice á Mr. Pickwick, nuestras elecciones harán mucho ruido en la córte; ¿no es verdad?

—Creo que sí, responde el excelente Mr. Pickwick, incapaz de disgustar á nadie.

—Tengo la convicción de que mi artículo del sábado último ha contribuido poderosamente á ello... La prensa es muy poderosa, caballero.
 —Esa es mi opinión.
 —En cuanto á mí, tengo la convicción de que no he vuelto nunca el arma que manejo contra ningún individuo; solo empleo mis débiles medidas en el desarrollo de los principios... de los principios que... por los cuales... en fin, ya comprende usted, de los principios que...
 —¡Oh! sí, sí, está demasiado claro para que yo...
 —Y ¿cuál es la opinión general sobre mi polémica con el Independiente?
 —Es...
 —Tengo la convicción de que se ocupan de ella todas las inteligencias superiores y la aprueban, y por consiguiente la sostendré.
 —Muy bien hecho.
 Halagado por esta aprobación, Mr. Putt se lleva los cuatro amigos á su casa para recrearlos con la lectura del periódico.
 —Al día siguiente Mr. Pickwick fué á ver desfilan los electores.
 —Parecen estar frescos y ágiles, le dijo á su criado que le acompañaba.
 —En cuanto á frescos, deben estarlo; contestó el criado, puesto que los dos criados de la posada y yo hemos estado media hora echándoles agua con la pompa.
 —¿Echándoles agua?
 —Sí señor, era necesario; habían bebido tanto que estaban todos dormidos debajo de una mesa. Los hemos sacado uno por uno esta mañana y los hemos colocado debajo de la pompa para que recibieran el agua fresca y se pusieran en estado de presentarse.
 —Y por qué ha hecho V. eso, Samuel?
 —Porque el comité nos daba un chelín por cada uno etc., etc.
 A este tenor se encuentran en todas las obras de Dickens, en medio de las situaciones mas ridículas, en los sucesos mas pueriles, lecciones morales y provechosas, correcciones severas á las malas costumbres, y críticas mordaces á las costumbres ridículas, lo cual ha hecho á algunos establecer un parangon entre Dickens y el novelista francés Eugenio



Carlos Dickens.

Sue; pero no se puede establecer semejante comparación. Dickens refiere siempre, pero nunca diserta. Es verdad que hace penetrar en los hospicios y en las cárceles, que describe los vicios y las enfermedades pestilentas que hay en estos

sitios; pero nunca declama en largas disertaciones como las de Eugenio Sue. Si penetra en alguna taberna ó en algunamente el velo de los misterios horribles con el pretexto de enseñar y moralizar. Sabe lo que debe decir al lector, y lo que debe ser adivinado, mas bien que vistos, y contornos tan á Dickens los horrores. Tiene una alegría expansiva, comunicativa, y su buen humor y su franqueza le acompañan siempre en sus escritos, ya sea que moralice ó que acompañe la cólera y la indignación lo espresa tan solo con los rasgos de la ironía.

En Francia, donde son mas conocidas naturalmente las obras de Dickens, están tan divididas las opiniones entre los autores á quienes le comparan, que no es posible ponerlos de acuerdo. Unos le ponen al nivel de Paul de Kock, otros le elevan hasta Walter Scott; pero es un error, porque superior es al primero como inferior al segundo; porque tan que ocupa un término medio entre ambos y no puede haber comparación con ninguno de ellos.

El estilo de Dickens no tiene esas redundancias molestas que se censuran en sus compatriotas, particularmente en Mr. Bulwer; está lleno de audacia y energía, pero la compleción del argumento suele ser débil. Cuánta distancia hay de lo forzadas que trae sus aventuras á la elegancia y soltura de Eugenio Sue! Parece que su único objeto es presentar al lector la mayor cantidad posible de personajes, y á fé que lo consigue. Los tipos originales se multiplican en sus páginas con una prodigalidad que recuerda á Lesage de Fielding; pero su tosca fantasía no puede luchar con el gusto puro y elevado de Jorge Sand, ni su observación grosera con la psicología esquisita de Balzac.

Aunque joven todavía, Dickens ha escrito mucho, y si ahora no da tantas producciones, es porque ha hecho lo que la mayor parte de los escritores ingleses, que despues de haber consagrado su imaginación á los trabajos recreativos, la dedican á los de utilidad. Emplea en la política el tiempo que antes ocupaba la literatura. El Daily-News, periódico que ha fundado hace pocos años y que ha adquirido ya mucha circulación, le conducirá pronto indudablemente al parlamento, en donde han entrado ya Bulwer y Disraeli.



Un episodio de la vida de las grisetas.

—Mozo, ron fuerte para estas señoritas, y limonada para nosotros.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PICTORESCO y de LA ILUSTRACION, a cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.